

estudios sobre las ideas políticas en Chile

I

Los ensayos sobre asuntos político-sociales de Chile fueron escasos en el siglo pasado y relativamente abundantes a partir de la década del 20 en la centuria presente.

El gran orador liberal Isidoro Errázuriz escribió la "Historia de la Administración Errázuriz.—Precedida de una introducción que contiene la reseña del movimiento y la lucha de los partidos desde 1823 hasta 1871". En realidad sólo redactó la parte inicial de la reseña, comenzándola con la asamblea del 28 de Enero de 1823, en la cual abdicó O'Higgins, (antes se remonta a un breve análisis de las influencias del coloniaje y su gravitación en el seno de la sociedad de principios de la República), hasta los sucesos de 1850, que culminaron con el asalto a la Sociedad de la Igualdad y el correspondiente proceso instaurado en su contra. O sea, llegó hasta los antecedentes del conflicto político cuyo desenlace fue la "revolución" de 1851. El ensayo de I. Errázuriz es brillante y modelo de exposición y enjuiciamiento.

El escritor y político Alberto Edwards Vives escribió dos libros típicos sobre la evolución política y social del país: "Historia de los partidos políticos chilenos" y "La Fronda Aristocrática". Este último, aparecido en 1928, es una interpretación del desarrollo político y social de nuestro país, influida por la filosofía de Spengler, y cuya tesis es esta: "La historia de Chile independiente es la de una fronda aristocrática casi siempre hostil a la autoridad de los gobiernos y a veces en abierta rebelión contra ella" A. Edwards se demuestra un espíritu agudo, a menudo certero; pero, en su conjunto, es profundamente reaccionario y de gran desdén, o desprecio, para calificar el movimiento liberal democrático y el ascenso de los sectores medios, de tendencias reformistas; y de las clases proletarias, o "inferiores".

El primer libro de A. Edwards alcanza en su examen de las agrupaciones políticas hasta 1891. El líder democratacristiano, y autor de numerosos ensayos socio-políticos, Eduardo Frei Montalva, resolvió continuar aquel estudio hasta 1948, y en 1949 apareció su "Historia de los partidos políticos chilenos", integrando el opúsculo de A. Edwards con su ensayo sobre el período de 1891-1948. En 1939, había aparecido la "Evolución histórica de los partidos políticos chi-

lenos", de René León Echaiz; y junto con la de Edwards-Frei, son las únicas obras de conjunto sobre el desenvolvimiento y programa de los partidos políticos chilenos; y ambas son esquemáticas y parciales, con un tratamiento insuficiente del complicado tema.

En 1947 publicó Oscar Bermúdez Miral: "El drama político de Chile", análisis inteligente y objetivo del fracaso de los diversos conglomerados políticos, tanto en sus responsabilidades de gobierno como en sus actividades prácticas para formar e imponer un gran movimiento de renovación nacional, y en su comportamiento ético para mantener una mínima consecuencia entre sus principios y programa y su acción práctica en la lucha política o en el seno del gobierno.

En la actualidad circula la obra de Sergio Guillisastí: "Los partidos políticos de Chile", aparecida en 1964, en la cual presenta los principios teóricos y las líneas programáticas de los partidos Conservador, Liberal, Radical, Demócrata Cristiano, Socialista y Comunista, por medio de entrevistas a dos altos dirigentes de cada colectividad: Eduardo Moore y Pablo Aldunate, por el partido Liberal; Marcial Mora y Humberto Enríquez, por el Radical; Francisco Bulnes y Bernardo Larraín, por el Conservador; Eduardo Frei y Juan de Dios Carmona, por el Demócrata Cristiano; Salvador Allende y Raúl Ampuero, por el Socialista; Luis Corvalán y José Cademártori, por el partido Comunista.

I I

En 1946, se publicó en México, en la editorial Fondo de Cultura Económica, el denso volumen del historiador Ricardo Donoso: "Las ideas políticas en Chile", (526 páginas) en el cual estudia las pugnas políticas desde las postrimerías del siglo XVIII hasta 1891. Es, fundamentalmente, un examen del siglo XIX, en algunos conflictos esenciales: fases ideológicas de la independencia; federalismo, organización portaliana, lucha contra la aristocracia, contra la influencia de la iglesia; libertad de imprenta; libertad electoral y reformas constitucionales.

La mencionada obra se complementa, y a veces reproduce, con la anterior del mismo autor: "Desarrollo Político y Social de Chile desde la Constitución de 1833", parte de la "Historia de América", dirigida por el historiador argentino don Ricardo Levene.

En el capítulo primero enfoca la influencia de las ideas filosóficas francesas en América Latina, conocidas por los criollos en sus viajes a Europa. Era notable la avidez con que adquirían y leían las obras de los grandes escritores del siglo XVIII, siendo típico el caso de don José Antonio de Rojas, admirador fervoroso de los enciclopedistas. En el capítulo segundo estudia los documentos más característicos, para condensar el pensamiento de los dirigentes de la Revolución de la Independencia. Es interesante la hipótesis del señor Donoso, según la cual afirma que el Catecismo Político Cristiano, atribuido corrientemente a Martínez de Rozas, habría sido redactado por el

doctor don Jaime de Zudáñez, quien llegó a Chile procedente de Chuzisaca, (Alto Perú), para actuar con inteligencia y definido sentido revolucionario durante varios años. (1).

En el capítulo III desarrolla los hechos y opiniones producidos en Argentina y Chile, en torno a la posibilidad de implantar regímenes monárquicos, ante el temor de la reacción europea, cuyo instrumento, la Santa Alianza, podía intervenir en el continente en defensa de los intereses de la monarquía española. Frente a la gravedad de la situación internacional, el Gobierno chileno resolvió acreditar un representante ante el Congreso de Aquisgrán, con el principio de obtener el reconocimiento de nuestra Independencia por las naciones ahí congregadas. Antonio José de Irisarri, el designado, redactó las instrucciones oficiales de las que sería portador y ellas contienen la prueba indiscutible que no se consideraba incompatible la forma monárquica de gobierno con la independencia política de España. Agrega el señor Donoso una observación digna de ser conocida: "Como una excusa para el fundador de nuestra independencia política, se ha sostenido que esas instrucciones no fueron firmadas por don Bernardo O'Higgins y el Ministro de Despacho correspondiente, y que al darse cuenta de ello el enviado las devolvió a Santiago, y no le fueron renovadas en los mismos términos. Pero conviene no olvidar que esta excusa ha surgido a posteriori, con el propósito de exaltar las convicciones republicanas del Director Supremo de Chile, como si en el ánimo de los hombres públicos no anidaran también, en los momentos dramáticos, las vacilaciones y las dudas en la eficacia de las convicciones que sostienen para hacer la felicidad de la patria".

En el capítulo IV describe el origen, triunfo y caída del federalismo, cuyo más firme defensor fue el ilustre patriota don José Miguel Infante. Según decreto del 31 de Enero de 1826, se dividió el territorio en ocho provincias, con el objeto de iniciar una efectiva descentralización. Fracasó el intento y ya no se volvió a considerarlo hasta la Presidencia de Balmaceda, quien nuevamente trató de llevar a cabo una reorganización administrativa del país, tomando como base la realidad económica. El federalismo era y es contrario al espíritu predominante en el país por razones ya conocidas, pero, en la misma forma, el centralismo oligárquico triunfante agostó, en gran parte, a la nación. Así, con profunda exactitud, dice el señor Donoso: "En un país tan acentuadamente centralizado, la preponderancia económica y espiritual de la capital creó en el santiaguino un sentimiento de orgullo aristocrático, que lo hacía mirar con el más soberano desdén todo lo relacionado con la provincia. De esa convicción de superioridad y preeminencia se derivaban los conceptos según los cuales sólo en la capital existían las rancias familias y las buenas maneras, la inteligencia y la distin-

(1) La tesis de Ricardo Donoso ha sido rechazada de plano por los investigadores de aquella época histórica. El erudito Aniceto Almeida propone como su posible redactor a Bernardo de Vera y Pintado. (1780-1827).

ción, la cultura intelectual y el buen gusto, la vida refinada y la discreción, la austeridad y la honradez, el amor a las letras y al arte; mientras que los pobres provincianos vivían poco menos que en estado de barbarie, ajenos a los dones de la civilización más refinada, sin aspiraciones ni iniciativas”.

El capítulo V trata de la organización política de la República, conseguida después del triunfo de la aristocracia conducida por Diego Portales en Lircay. El Gobierno surgido de la contienda civil entre pipiolos y pelucones “no fue a buscar su fuerza en la espada de los caudillos ni en el prestigio de los tribunos, sino en la estructura misma de la sociedad, cimiento el más sólido para las construcciones políticas. Ese cimiento iba a ser el de una aristocracia conservadora, terrateniente y tradicionalista, resuelta a asumir la dirección de la República y a imponerse por todos los medios a cuantos se enfrentaran a sus propósitos”.

El sector más ágil y verdaderamente directivo de la aristocracia pelucona fue el grupo de los “estanqueros”, quienes tomaron dicho nombre del contrato suscrito por la firma Portales, Cea y Compañía con el Gobierno de Freire, para la administración del monopolio del tabaco y licores. El Congreso de 1826 hizo rescindir el contrato y pidió cuenta a sus gestores, y “el odio profundo que esa resolución provocó en el alma de Portales y de sus amigos contra el régimen imperante, constituyó el principal origen del partido de los estanqueros. Este círculo, arrastrado en su origen por móviles mezquinos, se convenció de que sólo un gobierno fuerte podría organizar políticamente la República”. Unidos a los pelucones, con un criterio realista, partidarios de la centralización y de dotar al Jefe del Estado de amplios poderes, triunfaron. Además, aunque Portales “era un volteriano incorregible y un gozador apasionado, comprendió en todo su valor la significación de un buen entendimiento entre la Iglesia y el Estado en ese momento de tan hondas perturbaciones” y se atrajo al clero, cuyos bienes habían sido confiscados por Freire seis años antes, aunque no habían encontrado compradores, devolviéndoselos y dándole preeminencia al hacer del culto católico el exclusivo del Estado.

La Constitución de 1833 expresó jurídicamente el triunfo de los pelucones y de las ideas simples y realistas de Portales. En su esencia constituyó un conjunto de disposiciones armónicas que, bajo apariencias republicanas, organizó el Estado sobre la base de instituciones monárquicas, con miras a afianzar el poder social y político de la oligarquía terrateniente. Este documento revistió de facultades poderosas al Presidente: tenía en sus manos la paz y la guerra, la hacienda pública, la magistratura, y el personal legislativo; ejercía el patronato sobre la Iglesia y era irresponsable durante el ejercicio de sus funciones. En resumen, estableció una dictadura con solo las formas republicanas. Por otra parte, el Presidente designaba de hecho el Congreso y nunca se sentó en el Senado una persona que no hubiera sido elegida por él, y como no existían incompatibilidades les proporcionaba empleos además.

Esta primera parte del trabajo del señor Donoso es el análisis de la estructuración de la sociedad chilena; en la segunda, describe la acción por liberalizarla. La historia del desarrollo político de Chile en este período, en resumen, consistió “en la lucha que se entablará por arrebatar al Presidente de la República, Jefe Supremo del Estado y árbitro de los destinos de la nación, las atribuciones que lo constituían en su soberano con un título republicano, por lograr la independencia del Congreso como medio de llegar a un régimen de equilibrio de poderes, y por derribar, de todo el legado jurídico y espiritual de España, los obstáculos que se interponían para establecer un régimen democrático. Los historiadores chilenos reconocen que la Constitución de 1833 dio forma jurídica a la realidad social y que Chile constituiría desde entonces una República basada en la influencia de la aristocracia terrateniente y de la tradición colonial, y en el ejercicio efectivo de su poder político. Los esfuerzos del liberalismo se orientarían en el sentido de modificar la estructura social y la filosofía espiritual de la nación en forma que respondieran a las necesidades de los tiempos y abrieran el cauce para el establecimiento del régimen democrático”.

La reseña de tales esfuerzos la realiza Ricardo Donoso en los capítulos VI a XI. En capítulo VI describe la lucha contra la aristocracia, presentando las peripecias de la contienda por obtener la abolición de los mayorazgos, 18 o 19, con 12 títulos de Castilla, aprobada durante el Gobierno de Montt. En el capítulo VII estudia la lucha contra la influencia de la Iglesia, la más dramática y apasionante en esta pugna de la reacción y el liberalismo. La contienda para imponer la tolerancia religiosa triunfó al abolirse el fuero eclesiástico por la dictación de la Ley Orgánica de los Tribunales; con la dictación de las leyes sobre cementerios, matrimonio civil y registro civil; y las discusiones violentas sobre la separación de la Iglesia y el Estado, lograda sólo en 1925.

En el capítulo VIII considera la última herencia del coloniaje, o sea, la supresión de la enseñanza obligatoria del latín. Para algunos escritores modernos dicha medida habría significado la muerte del humanismo en el país. Entre ellos, don Eduardo Solar Correa; pero no pasa de ser una opinión equivocada. En los capítulos finales estudia la libertad de imprenta; la libertad electoral, analizando el desarrollo del sistema electoral desde el censitario hasta el llamado sufragio universal; de las elecciones indirectas hasta las directas; el reemplazo de la intervención gubernativa por el cohecho; y, finalmente, resume las bases jurídicas de la organización democrática según la síntesis de las diversas reformas de la Constitución de 1833, como ser: reforma del Senado, ley de incompatibilidades parlamentarias, garantías individuales, etc.

De la síntesis efectuada del libro de Ricardo Donoso se desprende su importancia como obra de conjunto sobre uno de los planos más importantes del desarrollo histórico nacional. Abunda en minuciosos relatos de las alternativas de la lucha entre conservadores y liberales, sobre tópicos explosivos en su época, pero que hoy día úni-

camente nos causan asombro y estupor, por cuanto es difícil concebir que ideas y actitudes desatinadas exigieran tanto esfuerzo para desterrarlas de la legislación y las costumbres, resistidas duramente por el fanatismo y la ignorancia más obstinados.

Aunque comprendemos claramente la voluntaria reducción hecha por el autor en su voluminoso trabajo, tocando sólo las ideas políticas, nos merece, no obstante, algunos reparos tal posición, porque muchos investigadores siguen entendiendo por historia solamente la historia política, o "historia de los acontecimientos", dejando de lado los sucesos económicos y maneras de vida, asimiladas a un vago conjunto denominado "civilización", a pesar de su importancia decisiva. En Chile los historiadores han sido adeptos a esa concepción y por eso, a pesar de los innumerables volúmenes, la vida del pueblo de Chile está por escribirse. La historia económica y social del país no ha sido casi examinada, y sin lugar a dudas constituye el fondo creador de los diversos sucesos. Al no estudiarse de esta manera, pareciera que los acontecimientos políticos se han producido aislados y alejados de los demás fenómenos sociales, como manifestaciones teóricas e ideológicas de hombres ajenos a su pertenencia de clase. Para comprender la historia es preciso describir los hechos políticos, y conocer también la dependencia recíproca de los mismos; discernir cuáles son los principales y cuáles los secundarios, buscar sus verdaderas raíces y ligazones. En estudio de tal índole los partidos y sus programas e ideas se destacan claramente como la expresión política adecuada de los intereses de clase o fracciones de clases, determinadas por el desarrollo económico y sus diversas transformaciones. Es, entonces, demasiado abstracto el estudio de las ideas políticas sin ligarlas a la realidad económico-social del país. Y es éste el defecto general de la obra comentada, y, por otra parte, en la exposición misma de las luchas políticas se detiene demasiado en el relato detallado de asuntos y peripecias menudas sin mayores conexiones con algo medular y trascendente en nuestro desarrollo institucional.

Respecto del estudio de los hombres políticos, Ricardo Donoso ha cometido una injusticia grande al enfocar la personalidad de Balmaceda como Presidente de la República. En efecto, después de señalar en forma reiterada, en diversas páginas de su obra, las brillantes intervenciones de Balmaceda en las discusiones para obtener la dictación de las leyes civiles, al retratarlo como primer mandatario de la Nación, lo hace con una serie de virulentos adjetivos, a pesar de haber sido el mejor Ministro de Santa María, a quien reivindica en los siguientes términos: "Ningún estadista del siglo pasado tiene una personalidad más acentuada y representativa del ideario político de los hombres de la generación de 1830, que Santa María, que no sólo fue el arquitecto de la grandeza de Chile, sino el brazo vigoroso que rompió con decisivo hachazo las más sólidas cadenas que ataban a la sociedad chilena al rancio legado espiritual de España, sobreviviente a través de los hábitos y costumbres de la época colonial, a fin de impulsarla e incorporarse en los ideales de

vida que alimentaban la cultura de los países de la Europa occidental". Pues bien, esta reivindicación de Santa María, supone un elogio, muy merecido, para Balmaceda, su Ministro del Interior y vocero más autorizado. Donoso así lo reconoce al mencionarlo en forma conceptuosa en diversas páginas, (270, 277, 281, 307, 312, 317, 428 y 482), en las cuales destaca su natural y avasalladora elocuencia, su solidez de doctrina, su transparencia, su valentía y entereza para enfrentar la oposición; y en los debates sobre cementerios, matrimonio civil y registro civil, (como antes, cuando era diputado, sobre las incompatibilidades parlamentarias), sus opiniones doctrinarias ofrecían el mayor interés al traducir el pensamiento liberal y la política gubernativa.

Sin embargo, al calificar su Presidencia, la natural continuación de la de Santa María, lo define en este incomprensible juicio: "No hay en la historia política de Chile un caso de versatilidad más impresionante y morboso que el de Balmaceda, luchador insincero de las reformas políticas y constitucionales favorables al progreso democrático, que no vaciló en arrastrar al país a la revolución armada. Teatral y ególatra, desoyó los llamados que se le hicieron en favor del desprendimiento y a que siguiera el sublime ejemplo de abnegación dado por el Padre de la Patria don Bernardo O'Higgins, y no titubeó en sumir a su país en una revolución cruenta que dividiría hondamente a la sociedad chilena durante dos generaciones. Ególatra y vanidoso, megalómano, cruel y sanguinario, provocó la gran tragedia que ensangrentó al país".

Es similar al lenguaje apasionado, injusto y superficial usado por Alberto Edwards para calificar y referirse al movimiento democrático nacional, como el propio Donoso lo recuerda en el Prólogo de su obra, y se lo enrostra y censura. Es idéntico el lenguaje empleado por Raúl Silva Castro para definir en un artículo periodístico, la obra y escritos de Alejandro Venegas, (Julio Valdés Cange), y refutado por Ricardo Donoso en la revista "Atenea". Podemos hacerle el mismo reparo suyo a los nombres indicados: su visión de la personalidad de Balmaceda se encuentra oscurecida por el apasionamiento más rabioso en su contra. Su juicio de conjunto sobre la personalidad de Balmaceda como Presidente de la República, no guarda relación con los anteriores a raíz de su acción junto a Santa María; además aparece demasiado personal y desligado del desarrollo de la obra, por cuanto lo expresa después de unas brevísimas páginas sobre su Gobierno y la insurrección de las clases aristocráticas de 1891, acontecimiento de magnitud y merecedor de una atención más detenida. Debiera haber ahondado en el estudio de los intereses en juego en esa insurrección, los móviles de sus dirigentes y las alternativas de ella para poder expresar, honrada e irrefutablemente, un juicio tan contundente y desfavorable para Balmaceda, cuya obra fuera tan trascendental. Los epítetos de Donoso siguen de cerca las invectivas lanzadas ya por Valentín Letelier en panfletos rebosantes del calor y apasionamiento de la lucha; pero, en la tranquila perspectiva del tiempo, y ante los resultados del régimen triun-

fante, no son tolerables. El tribuno radical lo acusaba de versátil y desleal, y en su concepto no se podía confiar en su palabra o en los pactos a celebrarse con él.

En cambio, seguramente, confiaba en Julio Zegers, líder de la oposición, financiado por Thomas North, agente del imperialismo inglés. ¿Cuál es la insinceridad de Balmaceda? ¿Su política de apaciguamiento ideológico con el objeto de dedicarse al desarrollo material y educacional del país, siguiendo las normas de Santa María en el último período de su Gobierno? ¿O es su deseo de tregua política para llevar a cabo esas obras de progreso? ¿O su anhelo de unir a los liberales para crear una sólida base de Gobierno, olvidando las animosidades pasadas? ¿O es su oposición a las hábiles reformas patrocinadas por el senador Irarrázabal, dirigidas a restituir el poderío de la reacción aristocrática, debilitada con la abolición de los mayorazgos y la supresión de los privilegios de la Iglesia?

Balmaceda reaccionó profundamente, y he aquí una de las razones de su grandeza, contra el afán discutidor y politiquero que se entronizaba en el país. Los elementos dirigentes de los partidos políticos hasta entonces vivían absorbidos por los debates de las reformas liberales, pero no habían tenido la menor atención para considerar la situación económica del pueblo y la necesidad de mejorarlo incorporándolo a una vida más digna. Los campesinos, artesanos y trabajadores de las minas no merecieron ninguna preocupación de los Poderes Públicos y partidos; en cambio, discutían años y años sobre abstractos principios de ningún interés directo para las masas. Balmaceda, entonces, rehuye ese exceso de debates doctrinarios para no distraerse en su noble afán de incrementar la riqueza, el bienestar de su pueblo, el poderío de la nación.

En el conflicto entre el Congreso oligárquico y el Ejecutivo, el anhelo por quebrantar la omnipotencia presidencial puede haber sido sinceramente sustentado por algunos ciudadanos; pero, ante todo, fue una pantalla teórica de los grupos plutocráticos ansiosos por recuperar su antiguo poder, (conservadores y banqueros); y de los nuevos sectores capitalistas ligados al imperialismo inglés (liberales e industriales del salitre), enfrentados resueltamente por Balmaceda. Su actitud de repulsa ante los proyectos de Mr. North y del senador Irarrázabal sintetizan su posición.

Según las palabras de Ricardo Donoso, la fuerza enemiga de Balmaceda fue la oligarquía unida a la Iglesia y el prestigio de la autoridad presidencial decayó profundamente ante dichos círculos. O sea, todos los adjetivos hirientes para Balmaceda lo son porque no se prestigió ante los sectores oligárquicos. No existía una clase media influyente, pero estaba en formación y Balmaceda hizo todo lo posible por prestigiarla e incorporarla a las tareas de Gobierno. Y en cuanto al pueblo, Balmaceda no solamente le dio trabajo, también lo defendió en los diversos conflictos desatados (recuérdense los virulentos ataques en su contra porque no ordenó ametrallar a los obreros del salitre en 1890, lo cual le valió ser acusado por Isidoro Errázuriz en forma violenta).

En la Revolución gravitaron causas de diverso orden y Donoso lo reconoce al expresar que fueron políticas, económicas, sociales y psicológicas: "Entre las primeras, los historiadores chilenos incluyen el fervoroso anhelo por llegar a un régimen de equilibrio de poderes y quebrantar el absolutismo presidencial, que hallaba su manifestación más ostensible en la intervención del Ejecutivo en las elecciones de congresales y de Presidente de la República; entre las segundas, los primeros esfuerzos del capitalismo internacional para hacer pesar su influencia en la política gubernativa; entre las sociales, las ansias de dominio absoluto de la plutocracia bancaria que no tenía el contrapeso de la clase media ajena del todo al poder político; y, finalmente, entre las psicológicas, la desorbitada egolatría del Presidente Balmaceda, el más versátil y falso de los hombres públicos chilenos".

El texto reproducido evidencia la complejidad de las causas actuantes en el Gobierno de Balmaceda y determinantes de la revolución de 1891, pero del desarrollo verificado por Donoso, todo se debe exclusivamente a Balmaceda, pintado sólo con atributos negros y negativos. Es el genio del mal, mientras los círculos oligárquicos son el bien y la nación. Era Balmaceda, defensor en este caso de la Constitución y, sobre todo, de los intereses superiores del país, quien debía ceder, abdicar y capitular ante los círculos oligárquicos.

Si en verdad el libro de Donoso solamente trata de las ideas políticas, y no entra en su órbita el considerar el estudio de los decisivos factores económicos-sociales, aún haciendo esta salvedad, siempre se nos aparece como precipitada su opinión sobre Balmaceda y nos resistimos a estimarla fundada. Por el contrario, a nuestro entender, Balmaceda, ha sido el estadista más firme, visionario y patriota, y no el más versátil y falso como afirman sus detractores, enfocada su personalidad con la amplia perspectiva de más de medio siglo y el fracaso del régimen triunfante.

Finalmente, nos resta destacar que la silueta de Balmaceda trazada por Donoso, en esta obra, es más hiriente y violenta que la perfilada en su libro anterior, "Desarrollo político y social de Chile desde la Constitución de 1833". Aquí reconoce que "una noble ambición agitaba su espíritu", que "anheló una tregua política para realizar su obra de progreso" esforzándose por unir a todos los liberales e incluso que deshizo las acusaciones lanzadas por la oposición de tener candidato a la Presidencia en la persona de don Enrique S. Sanfuentes, junto con formar un Gabinete de Conciliación, (el Ministerio Prats). O sea, fue el Congreso el intransigente y, en general, la oposición, (como lo demuestra, también, la opinión de algunos ilustres políticos, entre ellos, don Marcial Martínez, por ejemplo).

En cuanto a la acusación de crueldad, desgraciadamente, una vez envuelto en la guerra civil, se cometieron abusos en gran escala, pero a este respecto, tanto Balmaceda como los revolucionarios son culpables, (asesinatos de Robles, Barboza, Alcérreca, sa-

queo de Santiago y Valparaíso por los sublevados). Por lo demás, don Luis Galdames se ha colocado en el punto preciso en relación con este asunto, en la biografía de Valentín Letelier, página 337 al exponer los caracteres horribles alcanzados por las guerras civiles, trastornando leyes, instituciones, relaciones personales, y una vez producidas constituyen el peor azote para la existencia de una nación.

Tal vez nos hayamos detenido demasiado en un aspecto de esta obra, pero lo hemos hecho porque estimamos la figura de Balmaceda de contornos extraordinarios y la "revolución" de 1891 una de las peores calamidades soportada por nuestro país y punto de partida de su desgraciada situación actual.

I I I

Respecto de la literatura más calificada sobre las principales concepciones filosófico-políticas y las organizaciones partidarias correspondientes: liberalismo, catolicismo social y democracia cristiana, nacionalismo autoritario y fascismo, radicalismo, socialismo y comunismo, se cuentan numerosos autores representativos de cada una de ellas con obras de interés, cuyo conocimiento es indispensable para entender el pensamiento teórico y la actividad concreta de las grandes agrupaciones políticas nacionales.

En el campo social-católico sobresalen el sacerdote **Guillermo Viviani**, (fallecido en 1965), sociólogo valioso, con una abundante producción intelectual, indudable vertiente ideológica de la actual democracia cristiana. En 1919, en plena crisis económica estructural del país, publicó "La cuestión social"; en 1926, su "Sociología Chilena — Nuestro problema social", implacable y exacto balance del estado de Chile después de un siglo de dominación oligárquica. Años más tarde dio a luz sus libros, "La Familia", 1947; y "Doctrinas Sociales", en 1949. El periodista (y durante años diputado del Partido Conservador) **Ricardo Boizard Bastidas** redactó "La democracia cristiana en Chile", cuya segunda edición apareció en 1964, de bastante interés informativo y se complementa con las obras de **Alejandro Silva Bascañán**: "Una experiencia social-cristiana"; y de **Alejandro Magnet**: "El padre Hurtado". En ellas se encuentran los datos de mayor relieve sobre la formación del grupo dirigente del movimiento demócratacristiano; sus influencias ideológicas, actividades y posiciones frente a la realidad nacional. **Eduardo Frei Montalva**, (1911), es autor de algunos libros importantes, en los cuales expone su actitud social-cristiana apoyada en la filosofía tomista de Maritain, y en cuanto a los problemas chilenos, influido por Alberto Edwards y Francisco Antonio Encina. En 1937 entregó "Chile desconocido"; en 1942, "Aún es tiempo"; en 1946, "Política y Espíritu", su producción de mayor contenido teórico; en 1951, "Sentido y forma de una política"; y, en 1955 "La verdad tiene su hora". El ideólogo **Jaime Castillo Velasco** ha publicado dos de las obras más típicas de

los planteamientos demócratacristianos: "El problema del comunismo", en 1955; y "Las fuentes de la democracia cristiana", en 1963. Son también muy características las obras de **Julio Silva Solar**, "A través del marxismo"; y de **Jacques Chonchol**, "El desarrollo de América Latina y la reforma agraria". En colaboración, Julio Silva y Jacques Chonchol, entregaron "Hacia un mundo comunitario" y "El desarrollo de la nueva sociedad en América Latina", de mucho valor para penetrar en el complejo terreno de los propósitos básicos, "revolucionarios", de la democracia cristiana chilena. En el plano económico alcanzan un elevado nivel crítico y técnico los ensayos de **Francisco Pinto**: "Estructura de nuestra economía"; y de **Jorge Ahumada**, (fallecido en 1965), "En vez de la miseria", con varias ediciones.

Los escritores de la democracia cristiana polemizan en forma constante con las concepciones marxistas, en una línea similar a la de los antiguos impugnadores del clero católico (como, por ejemplo, el fraile Luis M. Acuña, en su panfleto: "Doctrinas sociales de Marx", impreso en 1933).— Recientemente, seis ideólogos cristianos (tres frailes y tres seglares), **Jean-Ives Calvez**, **José Miguel Ibáñez Langlois**, **Roger Vekemans**, **Máximo Pacheco Gómez**, **William Thayer Arteaga** y **Jaime Castillo**, resumieron la crítica demócratacristiana al socialismo científico en su libro colectivo: "El marxismo, teoría y acción", 1964.

El punto de vista liberal intransigente, del individualismo más acusado y del "laissez-faire", lo sostuvieron dos personeros de larga vida y densa producción: **Luis Arrieta Cañas**, (1861-1961), conocido por su seudónimo Lac; y **Valentín Brandau**, (1886-1960). El primero, Luis Arrieta Cañas, se recibió de abogado; estudio en Francia y fue el primer chileno doctorado en el Instituto de París, en Ciencias Políticas y Sociales; fue agricultor, (dueño del fundo San Luis de Peñalolén), y estudió ingeniería agronómica en Europa; tuvo profunda inquietud por las artes y las doctrinas filosóficas e inspiró reuniones musicales durante los años 1889-1933. Publicó diez volúmenes de una "Biblioteca de Estudios Sociales", "verdadera enciclopedia", según el juicio de Valentín Brandau. Algunos de los títulos indicadores de las materias tratadas, son: "El liberalismo y la cuestión social", "El socialismo de cátedra y la cuestión social"; "El marxismo y la cuestión social", y "Estudios sobre el catolicismo social". El segundo, Valentín Brandau, en su juventud estuvo ligado a la "intelligentsia" obrera de tendencia anarquista; se recibió de abogado en 1917, con una memoria sobre "La represión y prevención del delito", y llegó a desempeñar una cátedra de Derecho Penal en la Universidad de Chile. Entre sus títulos se destacan: "Caracteres mentales de la mujer"; "El concepto del Estado"; "La dictadura del proletariado en Rusia", y una colección con artículos y ensayos, "Al servicio de la verdad".

A los pensadores y estudiosos del liberalismo les preocupó el problema de los orígenes del cristianismo y de la personalidad de Jesús. En Chile el erudito escritor y agudo crítico literario **Ricardo Dávila Silva**, (1873-1960), conocido por su seudónimo Leo Par, pu-

blicó un libro muy importante: "Jesús — Ensayo de crítica", en 1940. El inquieto y dinámico político liberal, **Enrique Zañartu Prieto**, dejó un volumen valioso: "Hambre, miseria e ignorancia".

El punto de vista nacionalista portallano, con inclinaciones fascistas, o, sencillamente, nacistas, lo exaltaron **Carlos Keller**, quien, a su temperamento portaliano —autoritario y a su concepción spengleriana— fascista, agrega las influencias de **Nicolás Palacios**, **Alberto Edwards**, y **Francisco A. Encina**, en sus libros: "La eterna crisis chilena" y "Un país al garete" y en numerosos artículos y ensayos insertados en las revistas y periódicos del Movimiento Nacional-Socialista; y en 1956, apareció su extraño libro "Revolución en la agricultura"; **Jorge González von Marées**, (1900-1962), líder del Movimiento Nacional-Socialista, rabiosamente anti-liberal, anti-democrático y anti-socialista, terminó sus últimos años de vida como dirigente del Partido Liberal. Sus principales publicaciones son: "El problema obrero en Chile", 1923; "La concepción nacist del Estado"; "El problema del hambre en Chile"; y **Guillermo Izquierdo Araya**, profesor y abogado, es autor de "La racionalización de la democracia", donde expone su posición autoritaria y nacionalista.

La posición democrática-liberal, a veces meramente racionalista, a veces socializante, se encuentra expresada en varios autores. **Oscar Alvarez Andrews**, con "La cuestión social", 1919; "Bases para una Constitución funcional", 1932; "Teoría y práctica del sindicalismo", 1940, y "Las fuerzas sociales"; **Jorge de la Cuadra Poisson**, en "Prolegómenos a la sociología y bosquejo de la evolución de Chile desde 1920", 1957; **Domingo Melfi D.**, (1890-1946), en sus agudos y galanos ensayos "Dictadura y mansedumbre", "Sin Brújula", e "Indecisión y desengaño de la juventud"; **Carlos Dávila Espinoza**, (1885-1955), en "Nosotros los de América"; **Alberto Baltra Cortés**, (1912), en su brillante estudio "Crecimiento económico de América Latina"; **Roberto Munizaga Aguirre**, autor de varios trabajos sobre materias pedagógicas, y de un notable ensayo "Educación y Política"; **Jorge Millas**, por su volumen "El desafío espiritual de la sociedad de masas".

Algunas producciones de bastante interés y difícil clasificación por sus tendencias o su ardoroso afán polémico; como las de **Armando González Rodríguez**, cultísimo y severo ensayista en "La crisis de la fe religiosa en Chile" y "Spengler" y áspero polemista en "Democracia y Comunismo"; **Jorge Nicolai**, (1875-1963), sabio alemán vecindado en Chile, donde falleció, de inmensa obra, por su "Miseria de la dialéctica", en 1940; **Sergio Vergara**, con "Decadencia o Recuperación", en 1945; y los densos volúmenes del eminente sociólogo **Agustín Venturino**, "Sociología primitiva Chile-Indiana", "Sociología Chilena", "Sociología general americana" y "Sociología General", impresos entre 1927 y 1935.

La posición socialista, con amplitud y matices, se refleja clara y genuinamente en las obras de **Oscar Schnake**: "Política Socialista", 1937; **Manuel E. Hübner**: "México en marcha", 1936; **Eugenio Orrego Vicuña**: "En el país de Lenin"; **Salvador Allende**: "La realidad mé-

co-social de Chile", 1939; **Humberto Mendoza**: "El socialismo, móvil de post-guerra", 1942; **Oscar Waiss**: "Nacionalismo y socialismo en la revolución latinoamericana", 1954; **Anibal Pinto**: "Chile, un caso de desarrollo frustrado"; **Mario Vera**: "La política económica del cobre en Chile", y "Una política definitiva para nuestras riquezas básicas"; **Federico Klein**: "Las nacionalizaciones y la democracia cristiana"; **Julio César Jobet**: "Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile", 1955, y "El socialismo chileno a través de sus Congresos", 1965; **Ricardo Lagos**: "La concentración del poder económico", **Luis Vitale**: "Esencia y apariencia de la democracia cristiana", 1964; **Juan Rivano**: "El punto de vista de la miseria", 1965.

La posición comunista se encuentra en el opúsculo de **Galo González Díaz**: "La lucha por la formación del P.C. de Chile"; y en los libros del profesor **Hernán Ramírez N.**: "Historia del imperialismo en Chile", y "Origen y formación del Partido Comunista" (Ensayo de la historia del partido), 1965. El escritor **Gregorio Guerra**, fundador de la ARS, (Acción revolucionaria socialista), y, luego, del P.S., publicó "Crisis y Desocupación", en 1937; e "Interpretación marxista del Arte". Se afilió al Partido Comunista, y en esta etapa de su acción publicó "Amanecer en Rumanía".

DISCOS
FOLKLORICOS
CLASICOS
POEMAS

TODOS LOS SELLOS

LIBRERIA P L A

MAC IVER 267